

dos ó si hay contraorden, cosa poco probable. Decidíais Barada, y nuestro empleo de consejero será el primer escalón de nuestra fortuna. No olvidéis que Vitry fué hecho mariscal de Francia, y que Mazarino nos ha ocasionado mayor mal que el que Concini hizo á M. de Luynes. Tened presente, sobre todo, que Burdeos no está tan lejos y que sus habitantes no nos olvidarán.

Estas palabras hicieron recobrar á las facciones del abogado la energía y la resolución que formaban su principal carácter. Acompañó á M. de Conti hasta su carroza y le dijo despidiéndose:

—Hasta la noche, príncipe. Os veré luego que todo esté hecho.

Pero M. de Conti no dió la orden de marcha al cochero, sino que llamó á Barada.

—Véamos, dijo, tenéis seguridad de que diciendo á Duretête esas palabras del «Paladute,» las traducirá como decis por «es preciso intentar una expedición sobre Blaye?»

—Segurísimo, monseñor.

—Entiendo que seria conveniente procurarse una entrevista con el duque de San Simón.

—El duque de San Simón lo rehusará todo.

—En efecto, es un soldado bastante rudo.

—Si adoptamos ese partido tendría que verle yo mismo.

—Esto es sólo una idea, Barada.

—Mi abuelo es conde de Medrano y alcalde de corte en Madrid. Puedo presentarme de parte del rey de España.

—Ya hablaremos eso, pero siempre marchará ese muchacho como tenemos arreglado, quedando vos en disposición de tomar la posta en caso necesario.

—Sea, monseñor, respondió el abogado.

—Barada, cuando seais consejero de Paris, me encargo de reconciliaros con vuestro abuelo, quien entonces no rehusará daros su nombre.

—En eso será justo, monseñor.

El príncipe despidió á Barada y dijo:

—¡Adelante!

La carroza rodó en el patio y bien pronto desapareció por la plaza real.

—Si salgo bien de esto, se dijo Barada siguiéndolo con los ojos, me quedo en Paris . . . y ya sabré exigirles eso y lo demás.

—¿Qué será lo que traman esas dos figuras sombrías? se preguntó Vijé después de haber visto subir al príncipe en la carroza; cuánto siento no poder quedarme en Paris donde me divertiría muchísimo espiándolos. Esto entretendría mucho á Gabriela.

El abogado subió de nuevo; tomó su capa y su sombrero y salió diciéndose:

—Vamos, se trata ahora de encontrar al señor de Artagnan. Dificil tarea! . . .

VII.

La taberna de «Les Haudriettes» no era conocida solamente por Luis Vijé. A pesar del conjunto generalmente malo de sus parroquianos, era algunas veces frecuentada por gentiles hombres de buen humor ó por vecinos ávidos de emociones.

La noche misma de la visita de M. Besmaux, Artagnan se propuso buscar fortuna en aquel garito. Esto no era por preferencia ó la predilección á aquel lugar sobre cualquiera otro, sino porque más de una vez volviendo de San Germán ó de Ruel se había detenido allí

donde le servían en el estío excelentes naranjates para refrescar, cuya bebida constituía el orgullo de maese Ricous, que había nacido en los alrededores de Niza.

Acostumbrado bien pronto á su presencia, el tabernero se arriesgó hasta comunicarle las reuniones que había en su casa por la noche y las gruesas sumas que se jugaban.

Si bien Artagnan, casi despojado con el pago que había hecho en la mañana, se encontraba sin fondos, recordó los ofrecimientos que otras veces le hiciera el estimable tabernero de «Les Handriettes.»

Pasó, pues, con cierta confianza la puerta de San Honorato, después de sufrir una inspección rigurosa de parte del jefe del puesto; pero su rostro le era conocido. No eran entonces españoles los que guardaban aquella puerta.

Tropezando aquí y allá por lo malo del piso y lo obscuro de las calles, llegó por fin á lo alto del arrabal.

Conociendo de antemano la puerta de la taberna llegó á ella sin trabajo y torció el picaporte que tenía, avanzando resueltamente por el jardín sin cuidarse de los cuchicheos que se oían entre los árboles.

Maese Ricous vino á él con inquietud: pero se tranquilizó bien pronto al reconocerlo. Le hizo la acogida más cordial y placentera y le introdujo desde luego á la sala principal, cuya mitad estaba llena por un grupo bastante numeroso de individuos que rodeaban una mesa. Sobre ésta se veían apuestas más ó menos considerables y todos los ojos se fijaban ardientemente en una especie de aldeano, banquero ordinario de aquel faraón, el cual á pesar de lo tosco de sus dedos manejaba las cartas con una destreza poco común.

Las fisonomías de los jugadores eran diversas: había allí jóvenes de menos de veinte años, pasantes ó estu-

diantes, hijos de familias oscuras, dos ó tres cabezas blancas imposibles de clasificar, algunos rostros de soldados aventureros, especie de espadachines de profesión, un abate con cuello como se encontraban en aquel tiempo y media docena de criaturas de cabellos enmarañados, hermosas y bien parecidas, como decía Rabelais.

Aquel grupo estaba mal alumbrado por un mechero de tres luces suspendido en el fondo; pero si bien la luz era rara para los jugadores, producía sobre sus rostros ciertos tonos y reflejos que un pintor habría copiado con gusto.

Artagnan no estaba iniciado en las seducciones ofrecidas por un cuadro de pintura animado como el que tenía ante los ojos, y por lo mismo no pudo apreciar el valor artístico de aquel. Sólo encontró por lo mismo que aquella reunión no era de lo mejor escogida, y sintió al ver sobre la mesa una docena de luises cuando más, haber entrado á aquel miserable garito.

Buscó con los ojos al tabernero para explicarle su tristeza; pero había desaparecido contando sin duda con el disgusto del oficial. Artagnan se acercó á la vidriera y aperebió en la sombra del jardín una gran figura negra cuyos ojos de fuego estaban fijos en él.

Avanzó algunos pasos, curioso por aquella circunstancia que podía ser indiferente, pero la sombra desapareció en la obscuridad.

Sin embargo, como ya era tarde y no quería perder del todo la noche, se acercó al grupo de los jugadores. Una de aquellas hermosas muchachas, la de mejor aspecto, se levantó de la silla que ocupaba y pocos instantes después volvió cerca de la mesa, trayendo al recién llegado una charola con una botella de vino y

dos vasos. Después tomó asiento cerca de él sin la menor ceremonia.

Artagnan no era hombre que se sorprendiera por semejante familiaridad y se decidió á rosarse con aquella canalla, cuando sintió que le tocaban el hombro. Volvió los ojos y se encontró con el tabernero que le dijo al oído:

— Señor, hay una persona en el jardín que desea decir dos palabras en el momento.

— ¿A mí? preguntó Artagnan sorprendido de encontrarse conocidos en aquel lugar infecto.

— Sí, señor, á vos, y esa persona se anticipa á pedir os perdón por mi conducto para disculpar su exigencia.

— ¿Y esa persona es hombre ó mujer?

— Hombre, señor.

— Entonces, que venga á hablarme aquí, dijo Artagnan.

— Le he hecho esa proposición, replicó el tabernero; pero pretende que no sentiréis guardar esas precauciones.

— Es que he venido aquí para aventurar algunas pistolas, querido amigo; y no os ocultaré que me sería desagradable perder inútilmente los instantes que pudiera pasar en tan amable compañía. . . . ¡Ah! tal vez será una sombra negra que he visto hace poco por el jardín, y cuyos ojos penetraban hasta mí por los cristales de esa ventana.

— Así lo creo, respondió Ricous.

Artagnan pensó que acaso sería Besmaux, porque no recordaba que ningún otro de sus amigos tuviera necesidad de tan minuciosas precauciones.

— Vamos, dijo, conducidme!

Y siguió á su guía hacia uno de los bosques de que

hemos hablado y en cuya sombra se distinguía difícilmente el bulto de aquella extraña visita.

Cuando Ricous se alejó, el desconocido tomó la palabra.

— Señor, dijo, soy la persona que os dignastéis recibir en vuestra casa esta mañana y á quien habéis honrado dispensándole tanta atención.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el caballero.

— La casualidad nos condujo á esta casa. . .

— Perdonen, señor, replicó Artagnan interrumpiéndole; pero si no me engaño, estaba convenido entre nosotros que sería mañana cuando nos volviéramos á ver.

— En efecto, y me proponía ser exacto: pero después que tuve el honor de hablaros, han ocurrido cosas que me pusieron en la necesidad de buscaros antes.

— ¿Deveras?

— Volví á vuestra casa, pero el criado me informó que habíais salido.

— Es verdad, dijo Artagnan, que recordaba muy bien haberse negado.

— Inútilmente busqué por todo París, y bendigo á la casualidad que os inspiró la idea de venir á pasar aquí la noche.

— A fe mía, señor, que no diré otro tanto, porque he encontrado una clientela detestable.

— Dudo que tengais satisfacción de jugar aquí, caballero.

— ¡Pardiez! amigo mio. He reflexionado muchísimo acerca de las singulares proposiciones que me hicistéis esta mañana y os confieso que no puedo comprender el interés que pueda tener el príncipe en servirse de mí. No faltan en París gentes dispuestas á intentar el gol-

pe de mano de que no hablastéis, sin que para ello exigieran recompensa ninguna. Yo mismo creo que los principes están habituados á tener á su alrededor personas adictas, y preciso es confesar que al dirigirse á mí, pobre oficial de las guardias, tienen otra mira.

—Señor, estoy encargado de proponer, pero no discutir.

—Tanto peor, porque soy un compañero difícil de satisfacer acerca de ciertos puntos, y nada hay para mí tan penoso como tratar con una máquina. Esta cualidad preciosa me ha hecho preferir siempre el desempeño de los negocios que conozco á fondo.

—Pero en fin, señor, os dignareis escucharme? dijo el desconocido que comenzaba á impacientarse.

—Os escucho á todo vuestro placer.

—Recordais de qué se trata y no olvidais la recompensa prometida? Pues entonces debo deciros que los que me enviaron á vos tienen graves razones para fijarse en que vos ayudais á sus proyectos desde luego, entendedeis?

—Ah! con que entonces me habeis seguido ó hecho seguir para ponerme al alcance de vuestra mano? preguntó Artagnan siempre fiel á su constante costumbre de espiar el juego de su contrario.

El lector, que sin duda habrá adivinado ya en el desconocido al abogado Baranda, podrá fácilmente comprenderlo á menudo que ese personaje fruncía sus espesas cejas negras por la impaciencia que le daban aquellas interrupciones.

—Eso importa poco, respondió, para el negocio que nos ocupa.

—¡Ah! acabais de decir «nos!» no lo olvideis. Esto carece de exactitud, puesto que no tengo el honor de pertenecerlos.

—Mejor es que digais de una vez que rehusais, señor oficial.

—Vaya si teneis prisa, amiguito, replicó Artagnan.

—No, pero no me gustan las palabras inútiles.

—Tanto peor, porque la palabra es uno de los más preciosos dones que nos concedió el Sér Supremo.

—Por fin, admitís; ¿sí ó no?

—Mucho siento, señor, no poder imitar vuestro laconismo, pero yo no tengo más que una sola manera de ver, y me atengo á lo que se ha convenido entre nosotros. Lo siento por vos: pero no hay otro remedio. Mañana á medio día estaré en mi casa.

—Será, respondió Baranda; hasta mañana.

—Ahora me permitireis volver á aquella mesa de donde me arrancásteis; en la que sin contar con una preciosa rubia de ojos azules que tengo á mi lado, me espera un frasco de alicante cuya vista sola alegra el alma.

El abogado no contestó, y Artagnan se alejó aventurándose en la oscuridad.

—¡Nada! murmuró entonces Baranda; está ébrio.

Y se dirigió hácia un ángulo del jardín, donde estaban dos hombres inmóviles envueltos en anchas capas cuyo color se confundía con el de la cerca.

—Estás ahí, ¿Las Floridas? preguntó.

—Sí, señor, con Sin Par, como veis.

—Ve pronto á apostarte donde te he dicho, y cuando nos veas venir silbarás y quemarás un fulminante para anunciarnos que debemos avanzar.—Vete.

—Voy, señor; pero no olvideis que es absolutamente preciso que me encuentre en Burdeos antes de seis días.

—Partirás esta misma noche con una buena noticia según espero.

—Bien, señor, contestó el desconocido y desapareció en la sombra del jardín.

Cuando se hubo marchado, Barada se dirigió al segundo personaje:

—Tenemos aquí un testigo que nos molesta le dijo.

Lo que siguió á estas palabras, fué pronunciado en voz tan baja que á duras penas podía escucharlo su compañero . . .

—¡Diablo! se dijo Artagnan entrando en la sala, ¿quién es ese endemoniado, y qué ha venido á hacer aquí? . . .

Y añadió siempre mentalmente después de ocupar la silla que había dejado y que le guardaron con respeto aquellos perdidos:

—Que me arregle ó no con ese hombre, de todas maneras me parece haberme conquistado un enemigo.

Y terminó el curso de sus reflexiones apurando un vaso de vino de alicante.

—Pero ¿por qué tendrá una figura tan desagradable?

El juego continuó á pesar de las idas y venidas de cada uno, pasando y repasando las apuestas de uno á otro con la monotonía peculiar de los juegos de cartas. Artagnan comenzó ganando un luis. La suma no era fuerte, pero con todo atrajo la atención de la concurrencia, lo que no pareció del gusto de la joven rubia que estaba contemplando embebida las delicadas facciones, los bigotes largos y el espadón del teniente.

Debemos hacer constar en este relato, que luego que Artagnan tuvo delante tres luises, creyó de su deber hacer un acto de galantería colocando uno sobre el tapete en el nombre de su vecina.

Poco tiempo después de esto, vino á sentarse un hom-

bre de mala traza frente por frente de Artagnan, y dirigiéndose á la hermosa rubia acariciándose el bigote áspero y grasiendo que cubría su labio superior, en tanto que el banquero pagaba las apuestas, dijo:

—Anita, vida mía, según entiendo no ignorabas que vendría esta noche?

La joven que en ese momento comenzaba á tener alguna ganancia no pensaba más que en el juego, y convenida de que el luis de su vecino debía traerle la dicha, no habría pretendido otra influencia ni por la promesa de un trono.

—¡Anita! repitió el soldado hiriendo la mesa con el puño.

—Señor, exclamó entonces Artagnan con una mansedumbre completa, mirad que haceis perder el equilibrio de mis apuestas, sin contar con que asustais á esta señorita.

—Estoy irritado y no hablo con vos.

—Bien lo sé; pero como vuestro puñetazo ha hecho perder mis escudos su alineamiento simétrico, os suplico no lo repitais.

Y Artagnan puso dos luises sobre la mesa. El banquero volvió la carta y ganó.

—¡Anita! repitió aún el soldado aprovechándose de la detención: ¡venid aquí!

La niña se acercó más al caballero y parecía implorar su protección. Artagnan adelantó otros dos luises y miró á su vecino que no dejaba de grañir entre dientes.

—¿Queréis acaso oponeros á que esa señorita obedezca, mi buen señor? preguntó con insolencia el de los bigotes espesos.

—¡Eh! Repetid vuestras palabras, os lo ruego, dijo Artagnan.

—He dicho que . . .

—¡Silencio! ordenó el banquero tomando las cartas. Artagnan perdió, y miró á su interlocutor frunciendo las cejas. Sin embargo, como no quería trabajar una pendencia por una joven como aquella que tenía á su lado, se puso tranquilamente á arreglar sus luises.

El soldadón no quería ser el último, y por lo mismo reiteró su amenaza.

—Anita, os prohibo tocar ese vino, exclamó.

La pobre niña que en ese momento iba á llevar á los labios por la primera vez el vaso que tenía tan cerca, más que por otra cosa por reponerse del susto que le causara el acento de aquel hombre atrevido, lo dejó sobre la charola, no sin estremecerse.

—Sabéis, señor, dijo Artagnan, que comienzan á zumbarme los oídos?

—¿De veras, mi gallardo militar?

—No conozco á la señorita, pero os prevengo, por si lo ignoráis, que nunca he podido sufrir que en mi presencia se moleste á una mujer, sea quien fuere.

—¿Y st yo tengo gusto en ello?

—Silencio, repitió el banquero.

—Silencio, repitieron todos los jugadores, lanzando miradas furibundas á Artagnan.

El juego continuó, y el teniente entregado á él del todo, no pudo advertir las señas misteriosas que se cambiaron entre su agresor y las gentes que rodeaban la mesa y tomaban parte en el juego.

—Decididamente, señor, dijo Artagnan, me habéis traído la desgracia desde que os sentasteis frente á mi, estoy perdiendo.

Una estrepitosa carcajada fué la respuesta que obtuvieron sus palabras,

La hermosa rubia consideró sin duda que las cosas iban á ponerse serias, porque desapareció de la sala.

La paciencia de Artagnan se apuraba bien pronto de ordinario, pero como esta vez se había propuesto encañallarse, tenía que aceptar la situación.

Se contentó, pues, con morderse los bigotes y adelantó una nueva parada.

El banquero, que no había interrumpido su operación por lo ocurrido, echó una mirada ambiciosa á la parada del caballero juzgando que sería lo último que poseía el caballero. Efectivamente, allí iba el resto de lo que había llevado el teniente, seis luises de oro.

Pero aún no estaban bien barjadas las otras cuando el contrincante del oficial soltó un juramento estrepitoso; y dijo con grosería:

—Ha hecho bien Anita en obedecerme.

—En efecto, respondió Artagnan, ha dejando lleno el vaso, y si gustáis

—Nunca bebo un vaso de vino servido por una mano mazarina

—Tanto peor para vos, puesto que el cardenal es un buen conocedor, mi hermoso caballero.

El faraón reclamó la atención de todos: un «chut» enérgico circuló por todas partes.

—Habéis perdido de nuevo, señor mazarinista, dijo el hombre mal encarado, soltando una carcajada en la nariz de su vecino.

—¡Ah! ¿es que dais á ese nombre una intención injuriosa? preguntó Artagnan llevando á sus labios el vaso que acababa de llenar y calándose al mismo tiempo el sombrero.

—¡Pardiez!

—¿Quién os ha dicho que yo sea del partido del cardenal?

—Eso se conoce bien.

—¿En qué lo conocéis, querido amigo?

—En vuestro supremo desdén á las injurias.

—¿Entonces, habéis tenido la intención de zaherirme?

Esto no es prudente, porque si me conociérais debierais saber que no acostumbro tolerar esas faltas.

—Hace media hora que estoy aquí.

—Pero tengo una manera muy original de lavarlas.

—¡Ah! ¿Y cuál es?

—¡Hela aquí!

Y uniendo la acción á la palabra, Artagnan lanzó al rostro del soldado lo que quedaba en el vaso que llevó á sus labios.

Aquello fué un tumulto espantoso.

El ofendido saltó por sobre la mesa, y sostenido por diez individuos de su temple, que como él tenían la espada en la mano, se puso en guardia frente de su enemigo.

Artagnan desenvainó, conformándose con retirar las espadas que se dirigían hacia su pecho.

—Dejadme, Bertant, gritaba el bandido, rechazando al más encarnizado.

—Cada uno á su vez, señores, exclamó Artagnan con voz de trueno. Dejadme primero platicar con vuestro jefe, ó me haréis creer que sois una banda de asesinos.

—Tiene razón, gritaban los vecinos, porque es preciso remarcar que los personajes de aspecto medio militar y medio bandido, eran los únicos que tomaban parte en el combate.

La mesa del juego había sido abandonada y cada

uno completaba el círculo formado para completar el duelo que necesariamente debía efectuarse.

El tabernero levantaba mucho los brazos y daba gritos desaforados para oponerse á aquella lucha que podía, ensangrentando el suelo de su casa, comprometer su seguridad personal y los intereses de su honroso comercio.

— Un instante, repuso Artagnan; es necesario proceder en toda regla, y sobre todo tratar lealmente si es posible. Os prevengo, señores, que estoy dispuesto á dispensar á cada uno de vosotros el honor de tocar mi espada; pero uno después de otro. Habéis estado listo á caer sobre mí tan luego como este hombre sacó á relucir su acero, y eso basta para conocer que obedecéis todos á un mismo impulso, á un mismo pensamiento.

A todos dejaré satisfechos; pero primero dadme el placer de guardar en las vainas las espadas, al menos que alguno de la amable compañía no desdeñe servirme de segundo.

Nadie respondió y los compañeros del provocador dejaron escapar gruñidos incomprensibles, cambiándose entre sí miradas de inteligencia. Esto hizo suponer al caballero que iba á sostener una lucha formidable.

En efecto, desde que los dos adversarios cruzaron el acero, Artagnan reconoció una hoja fina.

—Tirais bien, amigo mio, dijo con acento conoecedor.

—Así, así, respondió el otro. El difunto M. de Bouteville tomó mis lecciones y no era tan malo.

—Escuela antigua, querido, replicó Artagnan, hace veinticinco años que M. de Bouteville pagó con su cabeza los abusos que cometió con su deber.

Durante este tiempo hubo entre los dos un recono-

cimiento de espadas que los servía para medir sus fuerzas respectivamente.

Bien pronto Artagnan dió dos pasos rápidos acometiendo al bandido; pero éste le paró el golpe retrocediendo.

Artagnan contaba sin duda con esto, porque dió un brinco hacia la derecha y obligó así á su enemigo, atacándolo de lado, á cambiar de lugar. De esta manera lo tenía á plena luz.

Aquel se echó á fondo sobre Artagnan, pero su espada fué levantada por una parada en prima al abrigo de la cual pudo dar un quite hacia la derecha. El bandido repitió vigorosamente y dió un aullido de rabia al comprender que el oficial se contentaba tan sólo con parar sus golpes.

—Diablo, ya me empalaga vuestra táctica, dijo ensayando un golpe de tajo, que gracias á la agilidad de Artagnan no pudo alcanzarlo y silbó en el aire como la bala de un mosquete.

Todos comprendieron desde luego que el caballero quería evitar el derramamiento de sangre; pero la partida estaba muy comprometida para no satisfacer á los más exigentes. A la indiferencia casi general que sentían hacia él los compañeros del espadachin, sucedió una especie de admiración por aquel valiente maestro que daba un número tan grande de puntos á su camarada, tan hábil en el juego terrible de la esgrima que le hizo adquirir el sobrenombre de «Sin Par.»

Este hombre sudaba y mujía como un buey en aquella ruda tarea, pero gracias á las simpatías de los que le rodeaban, y á las esperanzas que alimentaba de salir victorioso de aquella lucha, pudo recobrar su habitual sangre fría.

Entonces el combate se hizo verdadero, y Artagnan

le tomó gusto: el artista reemplazó al hombre. Cada uno aplaudió los pasos brillantes, los ataques imprevistos como si se encontraran en una academia. Pero es probable que no todos los asistentes tenían tanta atención en aquel duelo, como un hombre que no se veía y cuya voz se hizo oír, saliendo de uno de los rincones de la sala.

—¡Sin Par tú amainas!... dijo.

Estas palabras, que según todos eran un estímulo dado á la ciencia y que debían producir la calea en que las recibía, arrancaron por el contrario una especie de rugido de sin Par, y se precipitó con encarnizamiento sobre su adversario.

Por su parte, Artagnan fué herido por el sonido de aquella voz y ya no tuvo duda de la naturaleza de la agresión de que era objeto. Bien claro; que no pudiendo servirse de él su misteriosa vista de la mañana, resolvió hacerlo desaparecer.

Recibió, pues, con calma el choque impetuoso de la espada de su contrario y desde ese momento hizo saltar chispas brillantes de las dos hojas. Advirtió que su enemigo se servía frecuentemente de contras y se echaba á fondo por la parte de arriba; esta maniobra era en efecto, según la tradición, el golpe favorito de Bouteville, y que se complicaba tratando de anudar la espada contraria.

Artagnan no dudó que su enemigo se imaginaba que no pararía aquel golpe y se contentó con aparentar suma negligencia acompañada de un temblor nervioso, recurso bien conocido del oficial, y que el contrario consideró de una importancia decisiva.

Esta aparente ignorancia del peligro, tan bien ejecutada, perdió á Sin Par. Creyó tener un claro favorable y atacó vivamente el flanco descubierto, pero Ar-

tagnan supo pararlo con vigor, y de un galpe enérgico hizo volar á diez pasos la espada del bandido.

Es probable que esta hubiese herido á alguno de los asistentes, porque un grito de dolor contestó á las exclamaciones entusiastas que arrancó la agilidad del teniente que acababa de obtener un verdadero triunfo: pero éste sin enorgullecerse por lo que había hecho, no juzgó oportuno dejarse adular por los bravos que repetían por todas partes, y sin cuidarse de la herida que había ocasionado involuntariamente se marchó.

El lector habrá comprendido ya que su maniobra oblicua tenía por objeto proporcionarse un medio de retirada; así es que cuando muchos de los compañeros de Sin Par pensaron perseguido en el jardín, ya él había franqueado la puerta exterior.

Artagnan no era hombre capaz de huir de un combate y su conciencia estaba del todo tranquila pensando que si hubiera querido, fácilmente habría ensartado al espadachín: pero se sentía acometido de una idea, ó por mejor decir de un furioso deseo de averiguar el motivo que había podido conducir aquella noche á la taberna al emisario de los príncipes de la casa de Conde.

En lugar de bajar por el arrabal de San Honorato para entrar en su casa—como le aconsejaban la hora avanzada y la producía—subió cosa de cien pasos, acordándose de que el convento de la Asunción tenía un pórtico obscuro, dispuesto de una manera maravillosa para servir de observatorio.

No tardó en quedar allí perfectamente escondido, ayudado por la luna que tuvo la complacencia de ocultarse en esos momentos, de manera que á tres pasos no podría distinguirse ninguna forma humana.

Pero si Artagnan estaba invisible para los que por

casualidad se aventuran por las calles á semejante hora, pronto pudo habituar sus ojos á aquella obscuridad, y distinguió á cosa de cien pasos, que los ratones de aquel edificio se disputaban entre sí las inmundicias del río.

El silencio que reinaba en el cuartel era sepulcral, y los únicos ruidos que de tiempo en tiempo venían á interrumpirlo eran las campanas de los relojes ó algunas carcajadas que salían de la taberna de las «Huardiettes.» El teniente contó sucesivamente las diez, las diez y cuarto y las diez y media, y desde esta última hora le pareció escuchar un murmullo lejano, siempre en dirección de la taberna, pero continuó y creciente.

Al cabo de tres minutos, salió un hombre del chiribitil, después otro y otro más. Artagnan pudo contar hasta seis.

—Ob, oh! se dijo, estoy seguro de que va á ocurrir algo curioso.

Y se ocultó lo más que pudo en el ángulo del pórtico, y el grupo pasó silencioso delante de él pero diseminado.

Cuando hubo pasado el último el débil rayo visual que el caballero se había reservado en su ángulo, sacó este la cabeza primero y después todo el cuerpo.

—Sigámoslos, á fe mía, se dijo; esto se presenta con mucho interés.

Y por precaución se puso la espada en la mano.

VIII

Para hacer más comprensibles al lector los sucesos que se preparaban, será preciso que quiera retroceder con nosotros venticuatro horas. Una vez convenido esto, continuemos.

Dos jinetes seguían el camino de Flandes y descen-